

Publican suculenta antología de obras del dramaturgo Sergio Vodanovic

El cowboy del teatro chileno vuelve a cabalgar

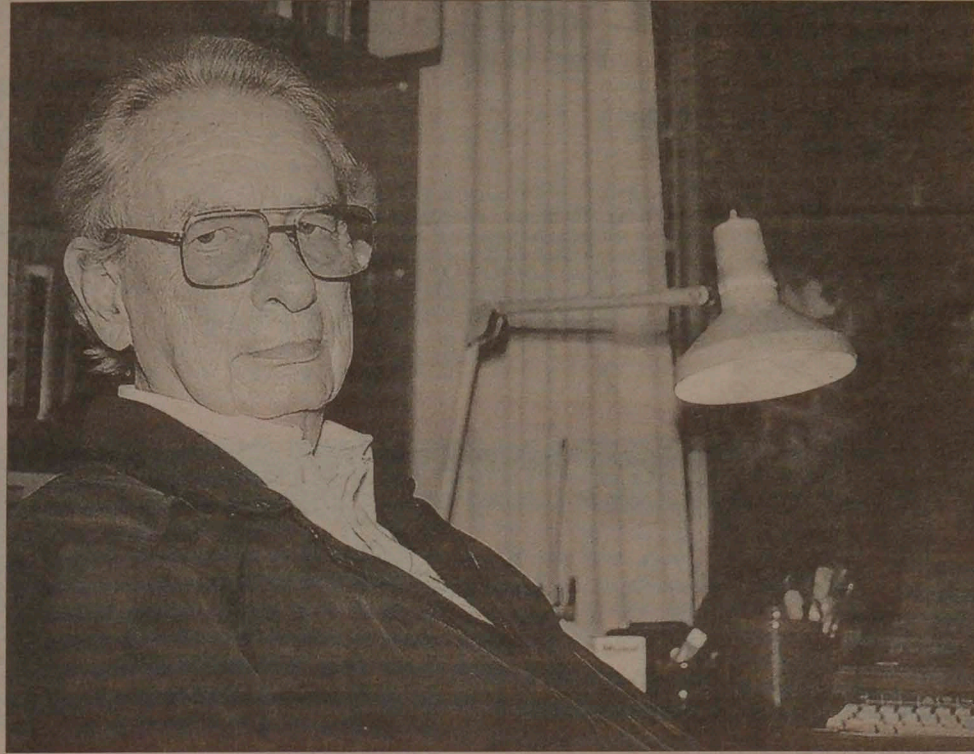
Las mejores creaciones del autor, quien criticó ácidamente la pérdida de ideales de la sociedad de su tiempo, aparecen en una compilación que incluye diez títulos, cuatro de ellos inéditos.

JAZMÍN LOLAS

“Por orgullo o timidez, nunca he ido a ofrecer obras”, contaba el dramaturgo Sergio Vodanovic en una entrevista publicada en 1998, tres años antes de que muriera a causa de un infarto. Esa poco estridente actitud, sin embargo, no fue un obstáculo para que algunas de sus creaciones se convirtieran en hitos de la historia del teatro chileno, calidad en la que ahora forman parte de la primera recopilación de sus trabajos que aparece en nuestro país.

Titulado “Sergio Vodanovic. Antología de obras teatrales”, el libro acaba de ser publicado por RIL Editores e incluye diez títulos que muestran la evolución de este dramaturgo de origen croata nacido en 1926 y fallecido a comienzos de 2001. En la selección se encuentran clásicos como “Deja que los perros ladren” (1959) y “Nos tomamos la universidad” (1969), más cuatro piezas inéditas: “Igual que antes” (1972), “Nosotros, los de entonces” (1974), “El gordo y el flaco” (1992) y “Girasol” (2000).

Sergio Vodanovic en su escritorio. Según el director teatral Gustavo Meza, el dramaturgo “nunca caía en halagos para que le montaran las obras. Murió en la rueda, como John Wayne”.



“Quisimos entregar una visión general de la producción de Vodanovic, desde sus comienzos hasta la actualidad”, explica Eduardo Guerrero, director de la Escuela de Teatro de la Universidad Finis Terrae y responsable de la compilación, en la que también colaboró significativamente la viuda del escritor, Betty Johnson. La mujer facilitó el material no conocido de su esposo, quien, entre 1982 y 1993, fue además guionista de exitosas teleseries, como “Los titeres”, “Secreto de

familia” y “La intrusa”.

“Sergio dejó clasificadas todas sus obras, como estrenadas, no estrenadas y por revisar, y las no editadas las tenía guardadas pensando en que alguien podría montarlas”, explica Betty Johnson, quien estuvo casada con el autor durante 42 años (ver recuadro).

Sergio Vodanovic, abogado de profesión, se transformó en una figura fundamental de la generación teatral del 50, junto a Egon Wolff y Luis Alberto Heiremans, entre otros autores. A través de

géneros como la comedia, el drama e incluso la farsa, y de un estilo realista, en sus textos enfrentó de manera crítica la corrupción y ciertas estructuras familiares, sociales y juveniles.

Según el crítico Juan Andrés Piña, Vodanovic formó parte de un grupo “que quiso poner en tela de juicio a la sociedad y a las personas de su tiempo. Fue uno de los que mantuvo por más de veinte años de producción una constante línea temática: el conflicto entre actuar por el bien social o aprovechar

Lobo estepario

Betty Johnson, quien se casó con Sergio Vodanovic en 1959, define al dramaturgo como un hombre que mantuvo sus ideales hasta la muerte.

“Siempre creyó que iba a triunfar el bien”, dice la mujer, y agrega que, a pesar de que su esposo tenía un carácter difícil, “fue de grandes amigos, que lo aceptaron como era, muy lobo estepario y alejado de la farándula teatral. Era una persona de una línea, salvo que le hicieran ver que estaba equivocado”.

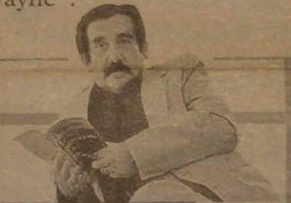
La viuda del autor recuerda que éste se dedicó de manera rigurosa a la escritura, incluso cuando trabajaba como abogado, y que pocas veces aceptaba interrupciones.

“Había que dejarlo solo, con su cigarro. Cuando le dio el primer infarto, el 84, lo acompañaban su pipa y Vuc (lobo, en croata), un perro salchicha peludo que murió después de él y que está enterrado en Isla Negra”, dice Betty Johnson.

una posición para el lucro y la satisfacción personal”.

Hombre idealista y de carácter, Vodanovic abordó temas “que son bastante universales y que trascienden el momento histórico en que se escribieron. Por eso sus obras tienen vigencia ahora y la tendrán en muchos años más”, comenta el director teatral Gustavo Meza, responsable de la puesta en escena de “Nos tomamos la universidad”.

Meza define su relación profesional con el dramaturgo como “fantástica. Tenía un sentido ético estricto, lo que lo hacía parecer pesado, pero era un tipo muy simpático, tímido. Nunca caía en halagos para que le montaran las obras. Murió en la rueda, como John Wayne”.



Filebo

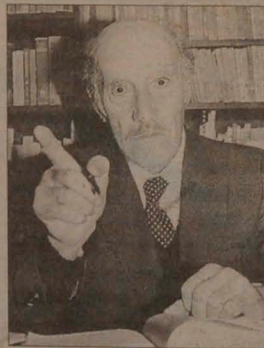
MEMORABILIA

Morir en domingo

Luis Merino Reyes, que tiene la particularidad de escribir con idéntico buen oficio en prosa y en verso, trazó esta silueta de Fernando González Urizar, quien acaba de morir: “Varón en plenitud de ascendencia muy ordenada y española, egresado de dos carreras universitarias, admirado en otro tiempo por sensibles poetas que lo confundían con el español José de Espronceda, es un poeta de verdad, un indiscutido poeta chileno. Es un vate con aplomo y estructura, ajeno a la antipoesía y su cantinflismo y a los nuevos acelerados capaces de imaginar que destruyendo la estatua antigua se logra modelar con brío la piedra informe. Su poesía, tranquila y estable, con un dejo de ironía, más ansiosa y próxima de la luz que de las tinieblas, como lo señaló muy sagazmente Hugo Montes Brunet, no pierde nunca su compás, no se agrieta por la pasión ni la confianza desgarrada”.

Para mí, González Urizar, a quien tuve

ocasión de conocer a fondo en los días más oscuros de nuestra existencia civil, cuando ocupó la vicepresidencia de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH), no



Fernando González Urizar, quien acaba de morir, no sólo fue un poeta digno de tal nombre, sino un valeroso cruzado de las libertades públicas.

sólo fue un poeta digno de tal nombre, sino un valeroso cruzado de las libertades públicas. “Conocer a fondo” tal vez sea demasiado, sólo un decir. La verdad es que

resulta muy raro llegar a conocer a fondo a alguien. Y, en particular, no era fácil entrar en el reducto privado de este poeta.

Recuerdo que las sesiones de directorio de la SECH se efectuaban todos los martes, de siete a nueve de la noche. Casi siempre en esos años salíamos juntos del recinto y nos encaminábamos a la esquina de la Plaza Baquedano para tomar un vehículo de vuelta a casa. El vivía en La Reina, en la calle Luis Vivanco Castro, si la memoria no me traiciona. Yo, como de por vida, en la calle Fontana Rosa, por Avenida Cristóbal Colón. El autor de “La eternidad esquiva”, ya arriba del autobús, sacaba de un bolsillo del pantalón una carterita de cuero donde portaba todo el monedero menudo: una chaucherita. Muchas veces se adelantaba a pagar los dos pasajes.

Tocado con su impajaritable sombrero

de fieltro negro y abriendo su pequeña cartera para extraer “sencillo”, el poeta González Urizar constituía para mí la estampa del viejo hidalgo español pintado por la pluma de Azorín. El amor por las vetustas cosas de España nos unía. Nuestras conversaciones giraban en torno a modestos asombros cotidianos. Una perra humilde, sumisa, lo siguió una vez en uno de sus paseos por las calles del barrio. No demoró en adoptarla y llamarla Reina. Su muerte, pasados los años, lo sumió en la tristeza.

Los domingos eran sus grandes días de festejo. En su poesía, desde “Domingo de pájaros”, la luminosidad de los domingos dominaba sus afanes. En forma inesperada, a las seis de la mañana del domingo 20 de julio, mientras dormía, después de publicar veintiséis libros de poemas y exhibir con orgullo su venera de académico de la lengua, los sueños terrestres dejaron de acosarlo.